

## **DE ATENAS A PATALIPUTRA: HISTORIOGRAFÍA SOBRE CONTACTOS ENTRE GRIEGOS E INDIOS DURANTE EL PERIODO HELENÍSTICO**

Ezequiel Martin Parra<sup>1</sup>

### **Resumen**

El Periodo Helenístico ha sido considerado como el momento en el que las relaciones y los intercambios culturales entre antiguos griegos e indios alcanzaron un nivel de intensidad y complejidad nunca antes visto. No sorprende, por tanto, que los historiadores del siglo pasado hayan prestado particular atención a esta interacción cultural. Sin embargo, los modos en que ésta ha sido interpretada han variado, y una de las causas es la influencia del contexto social y político contemporáneo sobre los académicos mismo. En este artículo, proponemos la identificación de dos momentos historiográficos y paradigmas en el siglo XX. El primero estuvo influenciado por el discurso y las prácticas colonialistas, y el segundo surgió como una respuesta nacionalista contra el imperialismo. A través del análisis de las obras de tres autores - W. W. Tarn, A. K. Narain and J. Nehru- intentamos demostrar que, más allá de las claras diferencias entre ambos momentos, hay una concepción común sobre la cultura que los condujo a conclusiones muy similares.

### **Palabras clave**

Historiografía; Helenismo; Antigua Grecia; Antigua India; colonialismo; nacionalismo.

---

<sup>1</sup>Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

## **Abstract**

The Hellenistic period has been regarded as the moment when relations and cultural exchanges between ancient Greeks and Indians reached a level of intensity and complexity never seen before. It does not surprise, subsequently, that historians during the last century paid extreme attention to this cultural interaction. However, the ways it was comprehended varied, and one of the causes was the influence of contemporary political and social context over scholars. In this article, we propose the identification of two main historiographical moments or paradigms in the 20<sup>th</sup> century. The first one was influenced by colonial discourse and practices and the second emerged as a nationalist claim against imperialism. Through an analysis of the works of three authors – W. W. Tarn, A. K. Narain and J. Nehru– we attempt to show that, behind the clear differences between both moments, there is a common conception of culture that conduced them to very similar conclusions.

## **Keywords**

Historiography; Hellenism; Ancient Greece; Ancient India; colonialism; nationalism.

La India y sus habitantes eran conocidos por los griegos desde por lo menos el siglo V a.C., y fue Heródoto quien nos legó uno de los primeros testimonios de ello. Podemos suponer, a su vez, que los indios también sabían algo de Grecia. Hoy en día somos conscientes de que los contactos entre ambos pueblos se extendieron durante toda la Antigüedad (Singh, 2005: 8). Dicho esto, hay que aclarar que la intensidad de esos contactos y el conocimiento efectivo que tenían los unos de los otros varió en el tiempo: en su *Historia* (3, 98-106) las informaciones ofrecidas son imprecisas y, comparado con lo que relata de otros pueblos, la digresión sobre la India es breve.

Por eso, la historia como disciplina se ha centrado fundamentalmente en aquel momento en el que se intensificaron esas relaciones, en el que realmente se vieron las caras indios y griegos, es decir, en el Periodo Helenístico, entre la muerte de Alejandro Magno (323 a.C.) y el suicidio de Cleopatra VII (30 a.C.), según las referencias tradicionales. No es que más allá de esta fecha los contactos hayan cesado, todo lo contrario: el mundo grecorromano y el subcontinente indio entablaron vínculos muy estrechos, principalmente comerciales.<sup>2</sup> Por un lado, este interés por el helenismo en la India se basa, claro está, en la profusión documentaria que surgió en ese periodo, que da cuenta de las múltiples y fructíferas relaciones que entablaron ambos pueblos. Por otro lado, la historiografía consideró desde sus inicios la llegada de Alejandro Magno a India como un punto de flexión en este *continuum* de contactos, pues parece haber abierto las puertas a unas relaciones más estables y regulares, pero sobre todo más directas, entre el Occidente grecorromano y la India (y es que, hasta entonces, había sido el Imperio Aqueménida el que había actuado como intermediario). Se abre, además, una etapa de cambios políticos sucesivos en la propia India que, sin embargo, no impedirían la continuidad de tales contactos: el establecimiento y el declive de los Maurya (con su capital en Pataliputra) en el III a.C., la independencia de los reinos indo-griegos de Bactria y su expansión hasta el Ganges en el II a.C., luego una nueva dinastía en Magadha, la formación del reino parto entre India y Mesopotamia, la llegada de grupos nómadas de lengua indoeuropea por la Ruta de la Seda... (Wulff Alonso, 2015: 216-217).

Ahora bien, las reflexiones y consideraciones sobre el alcance y la naturaleza de tales contactos han variado desde inicios del siglo XX (cuando la historia consolidada como ciencia social vuelca su atención sobre esta cuestión) hasta el día de hoy. Pretendemos aquí dar un vistazo a los principales aspectos de esas transformaciones, que sin duda han dejado su huella en los estudios de la antigüedad india.

---

<sup>2</sup> Ver, por ejemplo, Tomber, B. (2008). *Indo-Roman Trade: from Pots to Pepper*.

Para empezar, es necesario entender que, durante mucho tiempo, en el estudio de las relaciones India-Grecia, entendidas en términos de Oriente-Occidente, predominaba un paradigma que debemos tildar de colonialista. Las producciones más destacables de la época provenían de estudiosos nacidos en las grandes potencias coloniales del temprano siglo XX, y estaban imbuidas del discurso que podemos tildar de racista, con el cual tales sujetos se formaron.<sup>3</sup> La India como nación subyugada por el dominio británico poco o nada pudo contribuir en la reflexión de su propio pasado.

La situación dio un giro cuando, poco antes de la independencia del país, en 1947, surgió una generación de académicos autóctonos y de corte nacionalista, influenciados por la descolonización que se estaba llevando a cabo a nivel global (recordemos que luego de la Segunda Guerra Mundial comienzan los procesos de desarticulación de los imperios coloniales en África y Asia). Las nuevas propuestas que partieron de estos grupos fueron una respuesta directa a las proposiciones colonialistas del paradigma anterior. Como desarrollaremos más abajo, hubo un verdadero enfrentamiento entre ambas corrientes historiográficas, pues la segunda surge como una respuesta a la primera. Ilustraremos el debate mediante algunos de sus representantes más destacables y sus ideas: W. W. Tarn, A. K. Narain y J. Nehru.

Así, nuestro trabajo busca analizar las tres posturas historiográficas anteriormente señaladas sobre la cuestión de los contactos entre griegos e indios durante el periodo Helenístico. Atenderemos fundamentalmente a un recorte temporal que va desde el ascenso al poder de Chandragupta en el 321 a.C. y la fundación del Imperio Maurya, hasta aproximadamente el 10 a.C., cuando el Reino Indogriego pierde definitivamente su independencia (Narain, 1957: 128). Consideramos que la fecha es un límite significativo a los fines de nuestro trabajo, ya que prácticamente coincide con el final periodo helenístico. Además, el periodo elegido resulta ser el momento en que las interacciones interculturales resultan más fructíferas (Singh, 2005: 9). Abarcar también el periodo romano en Occidente sería además arriesgado, pues implica trabajar con una realidad política completamente diferente, la de un solo imperio unificado cuyo centro está más al oeste, en el Mediterráneo.

---

<sup>3</sup> Vale aclarar, sin embargo, que las primeras producciones sobre la India, que mostraban un amplio interés por el sánscrito y la cultura védica, tenían una mirada mucho más favorable hacia el pueblo indio. Sin embargo, tal momento historiográfico escapa de los límites de este trabajo.

## Colonialismo y post-colonialismo en el presente y en el pasado

Desde el momento en que la Compañía Británica de las Indias Orientales estableció una base segura en Bengala alrededor de la década de 1770 y se transformó poco a poco en un gobierno colonial, existió un interés por el entendimiento de la historia y la cultura de los nuevos súbditos de la Corona (Fauconnier, 2015: 134). Así, si quisiéramos hacer un recorrido por la historiografía colonialista que el gobierno británico generó durante su estadía en la India, tendríamos que contemplar casi dos siglos de estudios. Esto escapa al objetivo de este trabajo. Nos centraremos consecuentemente en aquellas producciones posteriores a 1900, pues ese fue el momento en el que el imperialismo británico llegó a su cénit, luego de la coronación de la reina Victoria como emperatriz de la India. Es entonces cuando, a la par de las otras estructuras coloniales, este discurso se consolida y se hegemoniza. En él, conocimiento y poder se unen intrínsecamente.

Según H. K. Bhabha (1983: 23), el discurso colonial es fundamentalmente un aparato de poder basado en el reconocimiento y la explotación de diferencias raciales, culturales e históricas. Su objetivo es crear “pueblos sometidos” mediante la producción de conocimientos que permitirían el monitoreo y vigilancia de aquellos. En otras palabras, el objetivo del discurso colonial es construir al colonizado como una población de tipos degenerados debido a su origen racial o cultural, de este modo se justifica la conquista y establece sistemas de administración e instrucción. En términos más específicos, el discurso colonial contribuye al posicionamiento de occidentales y no-occidentales en condiciones desiguales, que a su vez es la razón de la supuesta superioridad del estudioso occidental (sobre todo el antropólogo) para estudiar al pueblo sometido, una superioridad psicológica e intelectual (Lewis, 1973: 582). De este modo, son ellos quienes producen el conocimiento necesario para la dominación efectiva. Se trata, pues, de justificar la imposición de Occidente.

Con este discurso crecieron varias generaciones de hombres europeos y colonizadores, que se apropiaron del mismo, lo construyeron y lo reprodujeron. Nos interesa aquí el traslado de tal discurso al área de la historia antigua. Claramente se hizo un juego de equivalencias en donde Grecia-Occidente-Gran Bretaña conformaba un trinomio e India antigua-Oriente-India contemporánea otro. La identificación del pasado grecorromano con un espíritu y misión occidentales ha sido un tema bien estudiado en las reflexiones historiográficas modernas. Se trata de los usos y abusos que se hicieron del pasado. Baste para reforzar este argumento señalar que la elite británica era criada con los clásicos grecorromanos a su lado, y que era lógico recurrir a la Antigüedad clásica en busca de ejemplos

que los guiaran en su presente, es decir, justificaran el colonialismo mediante una supuesta superioridad de lo que era percibido como la civilización occidental, que hundía sus raíces más remotas en Grecia y cuyas ramificaciones más recientes eran los imperialismo decimonónicos (Fauconnier, 2015: 140).

En lo referido al Periodo Helenístico, fue común considerarlo como el de una profunda renovación para la India debido a la llegada de los griegos-macedonios. Esto se explicó mediante las ideas racistas que pertenecían a aquel paradigma historiográfico colonialista (Wulff Alonso, 2015: 232-233), que consideraba en primer lugar, la existencia de razas activas, creativas y capaces de historia (como griegos, romanos o teutones) y otras regresivas, pasivas, destructoras y estáticas, según los términos de lord Acton y de, en general, todo el pensamiento liberal británico del siglo XIX. Esta perspectiva nutrió la forma en que la historia antigua de la India se estudió durante el mandato británico. La idea más frecuente era que los invasores arios, un pueblo activo, había definido el espíritu verdadero de la India, expresado en el hinduismo, pero que al mezclarse con los nativos hablantes de lenguas drávidas perdieron esos rasgos y sucumbieron a la pasividad de esos pueblos. De más está decir que esta perspectiva ignoró completamente la complejidad y multiplicidad étnica que caracterizaron la historia de la región. Teniendo como base esto, se interpretaba la llegada de Alejandro como un verdadero acto de heroicidad: el gran conquistador había llevado la cultura griega y el imperio desde Occidente (Fauconnier, 2015: 142). Y Grecia era, en el pensamiento europeo del momento, el epítome de la civilización, y el tópico del *miracle grec* ocupaba el trasfondo de toda investigación, convirtiéndose Grecia no solo en un ideal en sí mismo, sino en una herramienta de comparación para medir la civilización de un pueblo. Como consecuencia, las relaciones entre griegos e indios se revelaban bastante desequilibradas. La unificación territorial emprendida por Chandragupta a finales del siglo IV a.C. se leía como una difusión de la idea de imperio traída por Alejandro, y la expansión de los posteriores reinos bactrianos, como una muestra de la superioridad político-militar de los griegos sobre los nativos. El Periodo Helenístico se comprendía, bajo esta perspectiva, como el inicio de un proceso civilizatorio en India, por medio de una difusión cultural que a la larga tuvo pocos éxitos permanentes, y no pudo con el barbarismo nativo. La tarea inconclusa, pues, quedaba en mano de los europeos, en especial de los británicos...

Como vemos, esta visión historiográfica, recién descrita, era orientalizante, esencialista y eurocéntrica (Pakrash, 1990: 383-384), y contra ella se alzó el siguiente paradigma. Desde los años '30 del siglo pasado en adelante, surge una nueva generación de historiadores, nacidos en la misma India y ajenos a los mandatarios británicos, que inauguran una

etapa nacionalista de la historiografía india. Lo que buscaban eran los orígenes del estado-nación, aquel que tanto deseaban construir en su presente, y, como Romila Thapar señaló en su momento, era importante para esta corriente declarar que todo lo bueno existente en la India (ideas políticas, espiritualidad, arte) tenía un origen completamente nativo.<sup>4</sup> Sobre estas premisas, lo que consiguieron estos historiadores nacionalistas fue una copia inversa, como un espejo, del paradigma colonialista. De hecho, repitieron muchos de sus defectos: por ejemplo, consideraron que existía una verdadera cultura india (la hindú)<sup>5</sup> y dejaron de lado a la multitud de etnias y culturas que habitaron el territorio (Wulff Alonso, 2015: 229). La “nación india” habría existido desde siempre, y para las necesidades del momento (los años ‘40 y ‘50), sólo era necesario despertarla. Démosles un mérito, el de haber derribado la idea de que todo lo bueno de la civilización provenía de Grecia. Después de todo, la definición de una historiografía nacionalista no es fácil, debido a que contiene diversas perspectivas, tendencias e ideologías, y al fin y al cabo una historia nacionalista no tiene por qué ser necesariamente una historia propagandística o de charlatanes (Fauconnier, 2015: 150).

La Antigüedad ocupó un lugar especial en estas reflexiones. “El nacionalismo fue trasladado al siglo IV a.C.”, dice Thapar (2002: 17) en referencia a las nuevas consideraciones sobre el periodo de intercambios abierto por Alejandro Magno, que ahora, según se entendía, llegó solo para perturbar e invadir la nación india. La cultura aria védica era vista como la fundación de la civilización india, que perduraba sin interrupciones desde el segundo milenio antes de nuestra era. Se hizo énfasis en los orígenes locales y se rescataron varios logros del pasado, un pasado que comenzaba a figurarse como una “edad de oro”, edad que resultaba el prerrequisito para hacer cualquier reclamo de civilización (la versión occidental era remitirse al pasado clásico). El avance cultural era medido en términos de arte, literatura y filosofía, y no se prestaba mucha atención a la realidad social. El sánscrito y el hinduismo se convirtieron en sinónimos de una cultura superior. Al mismo tiempo, y como dijimos, se hicieron intentos de probar tanto que ninguna parte de la cultura india derivaba de la griega como que la cultura de la India no paralelaba (ni tenía por qué hacerlo) a la de Grecia (Thapar, 2002: 17-19). Una consecuencia de estas premisas fue la creación de una cronología propia y única de la historia india, la que era dividida en tres grandes periodos: hindú, musulmán, británico (en correlación con antigüedad, medioevo, modernidad).

---

<sup>4</sup> Citado en Pakrash (1990: 388).

<sup>5</sup> Nombremos ahora una importante excepción: Nehru, quien defendió la idea de diversidad de la India, y consideró en sus escritos que una India hindú no era deseable (Pakrash, 1990: 389).

Es interesante rescatar que, respecto a Alejandro y su llegada a la India, la interpretación también cambió. Ya no era el rey civilizador, portador de un modo de vida superior -el griego-, sino que ahora era un invasor con todas las letras. Un conquistador que, sin embargo, había fallado en su intento de someter a la India. Chandragupta y su reino eran entendidos, pues, como la reacción, la defensa de una nación ante las ansias imperialistas del macedonio, como el primer intento exitoso de unir a un pueblo políticamente para enfrentar al enemigo extranjero (Fauconnier, 2015: 150). Los usos políticos que podía tener este discurso eran muchos, si tenemos en cuenta que se forjó en pleno movimiento independentista.

Dando una mirada retrospectiva a ambos paradigmas, podemos apreciar que el juego entre el presente y el pasado fue una dinámica permanente para la interpretación histórica. La afirmación de Croce que toda historia es historia contemporánea (Croce, 1920: 5) toma todo su sentido aquí. Pero antes de pasar a analizar ejemplos puntuales de estos paradigmas, es necesaria una palabra sobre la consideración de los contactos culturales que los dos tuvieron. ¿En qué términos se entendió el encuentro de indios y griegos?

Para empezar, durante el siglo XX y hasta los años '70, las concepciones de cultura e identidad pueden ser identificadas con ciertos tipos de esencialismo (Grimson, 2011: 58-59): primero el racismo, y luego de la segunda guerra mundial, el culturalismo. Aunque el segundo surgió como una contestación al primero y, en cierta forma, son opuestos, en realidad, la racionalidad de ambos los une intrínsecamente. Ciertamente: mientras la idea de raza clasificaba a los seres humanos desde la biología, la inmutabilidad y la jerarquía, el concepto de cultura pasaba a clasificarlos desde la vida social y la historicidad. Y, sin embargo, en tanto concebida como una realidad objetiva, cerrada, dada y coherente, la cultura pasó simplemente a desempeñar la función de categoría clasificatoria que la raza ya no podía cumplir (Grimson, 2011: 62). Bajo estas premisas, tanto cultura como raza son dos categorías que remiten a realidades cerradas, inmutables y homogéneas. Bajo estas perspectivas generales se alinearon tanto el paradigma colonialista como buena parte del nacionalista, pero cada uno defendió posturas contrarias sobre cómo deben ser entendidos los encuentros entre la cultura griega y la india. Los académicos de principio de siglo defendieron la noción de una imposición de lo griego, una conquista cultural (que al final terminó por fracasar);<sup>6</sup> en cambio, los

---

<sup>6</sup> El término fracaso no debe confundirnos. La incapacidad de los griegos para helenizar a los indios y otros asiáticos por completo no equivale a la derrota de Occidente. En todo caso, debe ser entendida como consecuencia de dos fenómenos: los griegos no estaban preparados para hacer frente a Asia y a todo lo que eso significa en términos culturales (lo que no implica que los sucesores de los griegos -léase británicos- no pudieran

nacionalistas indios plantearon el asunto desde la perspectiva de la resistencia, del rechazo a dicha conquista, y la inmutabilidad de lo indio (o hindú, que para este razonamiento eran términos equivalentes, como vimos). Conquista primero, resistencia e inmutabilidad luego, son términos que se entienden a la luz del contexto de producción de los historiadores que se valieron de ellos.

### **Tres casos del debate**

Antes que nada, es necesario ubicarnos en el contexto. Tres estados nos interesan aquí, el Imperio Maurya, el Reino Greco-bactriano y el Reino Indogriego. El primero fue fundado por Chandragupta Maurya alrededor del 321 a.C., y uno de sus máximos exponentes fue Ashoka. Lo que más llama la atención del imperio fue su capacidad para unir gran parte del subcontinente indio. El punto de partida fue la adquisición del trono de Magadha, desde el cual comenzó la expansión, que arrebató a los sucesores de Alejandro importantes territorios que hoy ocuparían el este de Afganistán, Baluchistán y Makran (Thapar, 2002: 176), hasta que en el 303 a.C. los avances en esa dirección frenaron a raíz de un tratado con el Imperio Seléucida, estableciendo una frontera que perduraría más o menos fija en las décadas venideras. Habiendo muerto Ashoka en el 232 a.C., con quien los mauryas alcanzaron su apogeo territorial, y ya desde un poco antes, inició la descomposición del imperio. Las áreas del noroeste fueron perdidas a favor de los griegos de Bactria (entre el Hindú Kush y el Oxus), quienes se rebelaron contra el gobierno del seléucida Antíoco II y establecieron un reino fuerte e independiente. No obstante, el enfrentamiento con Antíoco III significaría la pérdida de importantes territorios en el este y el comienzo de una serie de convulsiones internas que acabarían con el reino hacia mediados del siglo II a.C. (aproximadamente en la misma época caería también el Imperio Maurya). Fruto de estas conmociones, Demetrio, hijo de un rey greco-bactriano, se escindiría de Bactria y marcharía con sus tropas hacia el suroeste del Hindú Kush, donde exitosamente adquiriría territorio, base del Reino Indogriego. Eventualmente los indogriegos dominarían todo Punjab y habría incursiones hasta la planicie oriental del Ganges. Quizás el más famoso de los reyes de esta nueva entidad política fue Menandro, Milinda según atestiguan los textos budistas (Thapar, 2002: 216-217). Los historiadores actuales tienden a ver este reino más que como una unidad política, un

---

hacerlo); y en segundo lugar, la barbarie y el atraso orientales eran tales que un puñado de griegos, tan alejados de su patria como estaban, no pudieron ni supieron conservar su cultura, y terminaron siendo engullidos, en palabras de Tarn (1927: 1963), por la marea asiática.

conglomerado de dinastías que eran ocasionalmente unidos bajo la égida de los más fuertes. Como fuere, los indogriegos desaparecieron hacia el 10 a.C. por la invasión de los indo-escitas.

Que este breve resumen de la historia política de la región nos sirva de base para analizar los argumentos esgrimidos por los tres historiadores en los cuales nos centraremos: Tarn, Narain y Nehru.

W. W. Tarn (1869-1957) fue un académico británico cuyos trabajos están fuertemente centrados en el Periodo Helenístico, sobre todo en el estudio del Oriente de la ecúmene griega, razón que lo llevó a escribir obras ya clásicas sobre el tema, como *Hellenistic Civilisation* (1927) y, particularmente de nuestro interés, *The Greeks In Bactria And India* (1938). En esta última, lo que se propone analizar el autor es el dominio griego en el Oriente Medio y en la India. Avanzando a través de los principales sucesos políticos, en orden cronológico, Tarn nos presenta sucesivamente el reino de Bactria y el Indogriego para finalizar con las invasiones nómadas. En medio de esta historia “acontecimental” se traslucen reflexiones sobre la sociedad, la economía y la cultura, y son ellas las que nos competen especialmente.

Uno de los primeros puntos interesantes que plantea Tarn lo hace respecto al Imperio Maurya. A diferencia de los historiadores nacionalistas que le seguirían, Tarn entiende que el esfuerzo de los Maurya para unificar India fue un fracaso, y que poco o nada hicieron para fomentar el surgimiento de una “conciencia nacional”, tarea que les fue dificultada por la abundancia de pueblos y culturas del territorio (Tarn, 1938: p. 129). Las entidades políticas que lograron unificar con éxito parte de la India fueron los estados helenísticos que ya hemos mencionado. Denomina a este proceso la conquista griega. Desde el inicio advierte que conquista no tiene el significado habitual para él. Ese uso corriente puede ser aplicado a las acciones de Alejandro, que se abrieron paso por un territorio hostil. Pero esa conquista falló, y siete años después de su muerte ninguno de sus logros, en cualquier aspecto de la realidad social que se los entienda, perduraba (Tarn, 1938: p. 167).

La conquista a la que él hace referencia es la entrada de los griegos en la India no como enemigos, sino como “salvadores”, en un contexto en el que los líderes terrenales del hinduismo y el budismo se enfrentaban. Recordemos que durante el gobierno de Ashoka el budismo había gozado de altísima estima y sus adherentes se habían multiplicado. Desaparecido el rey, los brahmanes, quienes se habían opuesto hacía tiempo a Alejandro Magno, quisieron reconstruir su autoridad, presionando a los budistas en el camino. Según Tarn los budistas encontraron un aliado en los griegos, que eran llamados *yavanas* (*yonas/yonakas*), en especial en Demetrio. No es que los monarcas helenísticos favorecieran una religión sobre la otra, sino

que los brahmanes no eran tanto enemigos espirituales como temporales y políticos, enemigos que consecuentemente debían ser derrotados. Y así fue. El avance griego fue rápido precisamente porque la resistencia nativa fue poca y el apoyo numeroso (Tarn, 1938: 177-180). Como fuere, el resultado fue el reino indogriego, caracterizado por el “compañerismo entre griegos e indios” en donde el rey no era “un rey griego de súbditos indios, sino un rey tan indio como griego, jefe de ambas razas” (Tarn, 1938: 181).

El reino no pudo ser griego, en sentido étnico. Los griegos no eran numerosos, para nada, y los reyes no contaban con la capacidad de emprender un plan colonizador, como lo hicieron los seléucidas en el Próximo Oriente y los ptolomeos en Egipto. Ciertamente, la burocracia griega de las ciudades, en especial de esas pocas verdaderas *póleis* griegas (como Taxila y Alejandría en el Indo), y algunos asentamientos militares constituyeron la base del dominio de estos monarcas. Pero igual de importantes fueron el ejército mixto y otros elementos nativos favorables. Por eso la subsistencia del reino dependía en buena parte de la cooperación amistosa entre ambas partes, y muchas veces las estructuras nativas eran mantenidas sin cambios (Tarn, 1938: 258-259). Se trata, en palabras del autor, de un fenómeno sin precedentes y sin repetición en el mundo helenístico, con el que ni siquiera Alejandro Magno podría haber soñado. Este reino era en realidad un reino indio con una pequeña elite política griega, y, sin embargo, el dominio sobre los nativos no era una tarea complicada, pues se trataba de una masa de pueblos desunidos entre sí, y sin conciencia nacional (Tarn, 1938: 260).

Al momento de dar sus conclusiones sobre la interacción entre ambos pueblos Tarn, dice: “dos pueblos no pueden vivir en un mismo país por un periodo considerable de tiempo sin que exista cierta cantidad de préstamos mutuos” (Tarn, 1938: 375). Sin embargo, esos préstamos, sobre todo en la dirección griegos-indios, no fueron duraderos. Lo más destacable fueron unas palabras nuevas para el sánscrito y algunos motivos literarios. “La civilización india fue lo suficientemente fuerte para hacer frente a la civilización griega, pero, excepto en la esfera religiosa, evidentemente no fue lo suficientemente fuerte como para influenciar a aquella, como sí pudo la babilónica”. A continuación, hace hincapié en que los griegos nunca quisieron helenizar a los indios voluntariamente, como si de un plan de acción sistemático se tratase. Los griegos que llegaron a la India tenían otros intereses, más mundanos e inmediatos. Por eso, en términos generales, ambos pueblos se limitaron a vivir lado a lado en buenos términos (Tarn, 1938: 376). De hecho, pareciera que las consideraciones de los griegos respecto a los indios respondían a la idea de que estaban entre los mejores bárbaros con los que se habían encontrado, por lo cual

albergaban cierto interés por la cultura nativa y, algo inusual entre los reinos helenísticos, varios griegos aprendieron las lenguas locales.

Si los aportes de la cultura india a la griega, entendida en un sentido más global, fueron despreciables, como comentamos recién, aquellos aportes que sufrieron los griegos que vivían en territorio indio, prácticamente aislados del resto, sí fueron más profundos. De hecho, Tarn da cuenta de que desde el comienzo del siglo I a.C., los griegos estaban siendo “indianizados” (*indianised*) (Tarn, 1938: 104 y 309). Se trata sin embargo de una conclusión tentativa, debido a la falta de fuentes provenientes de las ciudades, donde el contacto era sin dudas mayor. Las causas de este proceso de indianización fueron, primero y en menor medida, los matrimonios mixtos, pero más importante aún, el hecho de que los griegos vivieran entre indios desde la infancia. En un revelador párrafo, Tarn compara a los niños griegos con los hijos de los colonizadores durante el mandato británico: “los niños británicos no son traídos hoy en día a la India, no tanto porque no puedan ser bien educados, sino porque hay una tendencia a que, en ese periodo de impresionabilidad, algunas de las características nativas los debiliten y puedan tener una mentalidad de alguna forma más afín a la de los indios, y no precisamente al mejor tipo de indios. Continúese este proceso durante varias generaciones entre los griegos y la indianización resultante es obvia.” (Tarn, 1938: 391). Los griegos habrían desaparecido porque se volvieron indios.

Estos son los argumentos principales que Tarn dio sobre el contacto cultural. ¿Qué podemos decir de ellos? En primer lugar, que el autor responde en buena parte a los principios planteados por el discurso colonialista y que, al desarrollar su punto de vista, es posible hacer un paralelo de la historia antigua con la contemporánea. La visión del encuentro entre culturas como un choque está presente a lo largo de su obra, pero de un modo problematizado y complejizado. Al plantear las diferencias entre grupos favorables a los griegos (budistas, fundamentalmente) y otros opositores nacionalistas (los brahmanes) apunta a la noción de la necesidad de cooperación entre culturas para mayor beneficio de ambas. En este sentido, los dos reinos helenísticos, el de Bactria primero y luego el indogriego, son planteados como fenómenos únicos en la historia del helenismo, e incluso de la humanidad. Se presentan como la consecución de un imperio tal como Alejandro supuestamente se lo había planteado: no de tinte griego, sino basado en la convivencia y mutuo apoyo de culturas nativas y la helena (Tarn, 1938: 412). Si los ptolomeos, los atálidas y los seléucidas fallaron, los descendientes de Demetrio consiguieron el triunfo, un triunfo político, ante todo, pues la fusión efectiva de culturas nunca se completó, ni siquiera fue buscada. No nos confundamos, no es que al hablar de imperialismo

Tarn proponga la necesidad de los conquistadores de mezclarse y mimetizarse en un sentido cultural con los conquistados, ni mucho menos (de hecho, esto contradice el modelo británico de imperio que el autor vive y comprende en su contemporaneidad). No se trata de una necesidad para el triunfo del imperialismo mismo. En cambio, sí parece querer decirnos que para que la empresa imperial llegue a buen término, requiere cooperación política de los conquistados, que, a la larga, por los beneficios de la conquista, pueden ser comprendidos como que fueron salvados, ayudados, liberados (quizás del despotismo oriental). Los reinos surgidos de las incursiones griegas habrían sido fuertes y prósperos, y son el ejemplo perfecto para justificar el avance de Occidente sobre Oriente. Gran Bretaña gobernando a la India, deja traslucir el autor, es un proyecto que puede ser el más afortunado de todos.

Pero ¿por qué falló el sueño de Alejandro? ¿Por qué los reinos se debilitaron y cayeron? ¿Por qué los griegos desaparecieron de la India? ¿Por qué la cultura griega fue empujada fuera de Oriente, una vez más?<sup>7</sup> Podríamos identificar varios fenómenos: el aislamiento griego, la lejanía de la patria, el pequeño número de la población helena, la resistencia nacionalista india... Pero todos apuntan a un mismo lugar, y se trata del sentido cultural de la conquista. Porque si los griegos pudieron hacerse con el control político de la India, jamás sometieron a su cultura. ¿Era necesario eso? Tarn no nos da a entender tal cosa: como dijimos, el buen imperio multicultural depende ante todo de la cooperación política, no de la mezcla cultural. De hecho, bajo Menandro, la cooperación indogriega era tal, que una pequeña elite helena podía dominar a una vasta mayoría india sin problema alguno. Pero aquí Tarn introduce la amenaza y la clave para entender el fracaso de estos reinos, y ella sí pasa por el terreno de los aspectos culturales. Los griegos no pudieron mantenerse griegos. Deberían haberlo hecho, pero no pudieron, por su número, su aislamiento, etc. La distancia cultural que los mantenía separados de sus súbditos fue disminuyendo progresivamente, y ese fue el problema, pues dio origen a un proceso de indianización. Semeja este razonamiento a una advertencia para los británicos que llegarían a la India muchos siglos después: la reflexión sobre los niños de los colonizadores lo deja claro. El mensaje es que la cooperación es fundamental, pero la distancia entre conquistadores y conquistados debe ser mantenida a toda costa, idea que nos podría remitir a la conservación de la pureza cultural (y racial, aunque Tarn nunca habla en tales términos, sino que habla de *stocks*).

---

<sup>7</sup> En efecto, el fracaso del helenismo en la India no es un planteamiento ajeno al resto de la obra de Tarn. Un proceso comparable terminó sucediendo según el autor en el Oriente Próximo, con la caída del Imperio Seléucida.

La obra de Tarn ha sido tan importante en el estudio de estos reinos helenísticos que, hasta el día de hoy, ha sido una lectura obligada para todos aquellos interesados, a pesar de las limitaciones de las que padece (de muchas de las cuales el autor es consciente). La corriente nacionalista de la historiografía india también recurrió a Tarn en sus numerosos y fructíferos trabajos, pero lo hizo, en buena parte, para complementarlo, criticarlo o incluso desprestigiarlo. Quizás el debate más emblemático de tales discusiones fue el establecido por Awadh Kishore Narain, quien escribió *The Indo-Greeks* (1957) como una contestación directa a Tarn. Y aunque tal debate sería sumamente ilustrativo para mostrar los enfrentamientos entre dos paradigmas, dos modos de escribir historia, lo cierto es que para los fines de nuestro trabajo lo que nos puede aportar es más bien poco. Narain no se explaya en el tema de los contactos entre griegos e indios. Sus críticas a Tarn van del lado de las fuentes, de su interpretación y de sus contextos, haciendo un enorme aporte desde la numismática. Por eso, si bien daremos cuenta de algunas de sus ideas, por lo demás muy interesantes, nos remitiremos a otro autor, también nacionalista.

Lo más importante que nos puede ofrecer Narain lo encontramos en las primeras páginas de su obra. En el prólogo nos advierte que se trata de un estudio político y no cultural. Lo primero que hace el autor es dar cuenta de presencia griega pre-alejandrina en la India, con lo que intenta romper en cierto sentido la idea de que los contactos sólo ocurrieron tras la entrada del conquistador en la región (Narain, 1957: 3-4). Con esto, da un pequeño golpe a la noción misma de periodo helenístico como el del encuentro entre Oriente y Occidente, pero la verdadera embestida la encontramos más adelante: la historia de los Reinos Greco-bactriano e Indogriego no es parte de la historia del helenismo, sino de la historia de India. Tarn había proclamado que el rastro que estos estados habían dejado en el subcontinente había sido tan ínfimo e insignificante, que la importancia de tales estados solo podía comprenderse en relación con el resto de la historia de Grecia. Narain plantea lo contrario: las fuerzas políticas que forjaron estos reinos fueron fundamentalmente indias, y su importancia histórica no puede quedar fuera del desarrollo de esta civilización (Narain, 1957: 10). Esto podría ser interpretado como un reclamo en favor de la India, hecho por Narain, de la historia de estas sociedades. La desvinculación de la historia de Oriente de la de Occidente está clara aquí, y forma parte de los esfuerzos de descolonización del pensamiento emprendido por los historiadores nacionalistas.

Por otro lado, Narain proclama que no hubo una dominación griega verdadera, pues incluso luego de la muerte de Alejandro, su control sobre la India desapareció. Los “conquistadores” estaban más influenciados por

la política, religión y modo de vida nativos que por los valores de su tierra patria. “Ellos vinieron, ellos vieron, pero la India venció” (Narain, 1957: 11).

Poco más puede ofrecernos Narain para nuestro caso, pero hay una figura emblemática de la historia de la India que expone ideas muy importantes, y en cierta forma sentó las bases para la historiografía nacionalista que le siguió. Jawaharal Nehru, el tercer autor tratado aquí, fue político, no historiador, pero sus ensayos reunidos en *The Discovery of India* (2008 [1946]) forman sin dudas parte del paradigma post-colonialista, y son tenidos como una de las más importantes contribuciones a la historia del país.

La pregunta guía del libro es “¿qué es la India?”, y ella misma nos da la pauta que es considerada como una realidad unívoca. De hecho, la presentación de los hechos y procesos se da desde un entendimiento lineal del desarrollo de la civilización india, con una lectura ciertamente teleológica de los acontecimientos (Nehru, 2008: 49-51). No es que los cambios sean negados, pero, afirma Nehru, detrás de todo ese desarrollo parece haber algo, una fuerza, un pensamiento, que perduró durante casi cinco mil años. Tampoco fue un desarrollo continuo: de hecho, hubo varios interludios, como la dominación británica. Lo que busca Nehru, al juzgar por sus palabras, es el espíritu intangible indio. El nacionalismo que ve resurgir en su presente trata de eso, un despertar de una verdad dormida, pero que lleva viva milenios. Análogo fue lo que ocurrió cuando Chandragupta estableció su imperio tras la muerte de Alejandro: expulsando al invasor griego, despertó ese grito nacionalista adormecido por la conquista (Nehru, 2008: 123).

El periodo que se abrió entonces fue el de sucesiones de poderosas, pero efímeras, dinastías y reinos (como los griegos) y de llegada de nuevos invasores extranjeros. Nehru no parece considerar que los griegos hayan tenido una influencia mayor que el resto en los indios. Pero todas estas invasiones hicieron que el nacionalismo autóctono se ubicara del lado de la resistencia a las culturas foráneas, y estuvo así a la defensiva durante largo tiempo: fue entonces cuando el brahmanismo se convirtió en símbolo nacional de esa defensa cultural (Nehru, 2008: 137-138). Con todo, la resistencia de la India fue obvia, y triunfó. A lo largo de la historia, declara Nehru, esa resistencia se expresó bajo dos formas: la guerra directa y hostil, como la emprendida contra las falanges de Alejandro, que fueron lisa y llanamente expulsadas, o la absorción de sus enemigos en su seno, haciéndolos indios, como les ocurrió a los bactrianos y los indogriegos (Nehru, 2008: 142).

Ya en un apartado dedicado exclusivamente a las relaciones entre Grecia y la India, Nehru desacredita, en tan solo una página, la idea de que la civilización occidental hundía sus raíces en Grecia y de que alguna especie de lazo intangible une a los antiguos helenos con los modernos británicos o estadounidenses.<sup>8</sup> “Por algún extraño proceso de racionalización, Grecia se volvió el padre o la madre de las Europa y América modernas” (Nehru, 2008: 150-151). Pero si bien ese vínculo puede ser descartado, resulta interesante contraponerle el vínculo que Nehru da por hecho entre la antigua India y el moderno estado del que sería primer ministro. Y aún más interesante, parece que existe un lazo más fuerte entre Grecia y la India de antaño que entre Grecia y las potencias occidentales contemporáneas: “[...] eran diferentes entre sí, y aún así, eran similares”. Con una argumentación extremadamente curiosa, Nehru parece reclamar la antigua Grecia para el pasado de la India, casi haciendo un proceso análogo al realizado por los académicos europeos para sus naciones. La diferencia sería entonces que, fundamentalmente, la historia de la antigua Grecia fue corta y fugaz; en cambio, el espíritu de la India sigue presente.

Nehru continúa haciendo una presentación de similitudes culturales y sociales entre Grecia y la India para luego analizar de lleno la cuestión de los contactos entre ambos pueblos. Son ancestrales dice, atestiguados desde los primeros registros históricos, aunque admite que el periodo helenístico acercó mucho más a ambos pueblos (Nehru, 2008: 155). Nehru hace hincapié en aquellas supuestas deudas que Grecia tiene con India: un Sócrates visitado por eruditos indios, un Platón cuya República se inspiró en el pensamiento político hindú, un pitagorismo que hunde sus raíces más profundas en el hinduismo... Pero, a pesar de que existió una mutua influencia, ambas civilizaciones fueron lo suficientemente fuertes para conservar intactas sus esencias (Nehru, 2008: 156). Sin embargo, señala que existió una tendencia a valorar más los logros griegos, tendencia de la que forma parte Tarn según dice, pero que el rol de la India ha comenzado a ser gradualmente enfatizado. Así, Nehru procede a dar ejemplos de aspectos culturales en los que India puede ser considerada en pie de igualdad (o incluso superar) a Grecia: el drama, la pervivencia y vitalidad del sánscrito (a diferencia del griego antiguo), el pensamiento religioso del budismo y la filosofía india. Pero esto es todo lo que Nehru nos puede decir sobre Grecia y la India.

A todas luces lo que hace Nehru es buscar la construcción de una historia para la India, fundamental, dado que el esquema colonial anterior solía distinguir entre pueblos con y sin historia. Pero es, además, una historia

---

<sup>8</sup> Idea que, palabras más palabras menos, sigue muy presente en el pensamiento occidental.

independiente, de la que es posible dar cuenta por sí misma, prescindiendo de puntos de comparación, como lo fue durante mucho tiempo Grecia. El esfuerzo es prescindir del helenismo y acuñar caracteres nacionales. Y, sin embargo, es interesante comprobar que en este intento la comparación persiste. Nehru no intenta tanto derribar el pedestal sobre el que estaba Grecia como construir uno análogo donde poner a la India. Es por eso que muchos de los errores del paradigma colonial persisten, invertidos, en el nacionalista: la esencialización de la India (creando la ilusión de homogeneidad cultural) y de la noción de cultura, que sería una realidad hermética y uniforme (lo que se refleja en la imposibilidad de ambas culturas de generar intercambios perdurables verdaderos). Se crea a su vez una identidad longeva, que coincide con esa cultura y que ha tenido existencia desde hace milenios. En estas condiciones, el contacto cultural solo puede ser definido como choque de civilizaciones, como lo hacían los historiadores del colonialismo. La diferencia aquí es el punto de vista: ya no se realza el fracaso de los conquistadores (en nuestro caso los griegos) sino el triunfo de la resistencia nativa (los indios): como fuere, la consecuencia final es la misma, y es el desprecio por los intercambios y la reducción de la importancia de los mismos, tras lo cual persiste la idea de la imposibilidad de unir culturalmente Oriente y Occidente a no ser que sea por la fuerza.

### Un ejemplo final

Antes de concluir, puede ser útil poner en evidencia el contraste que existe entre ambos sistemas de ideas hasta aquí presentados a través de la reflexión sobre un mismo conjunto de documentos del periodo estudiado. Tanto Tarn como Narain lo tomaron en cuenta en sus obras, pero llegaron a conclusiones totalmente dispares.

A finales del siglo XIX se encontraron en las cuevas cavadas en la roca de Nasik, Karla y Junnar, localizadas al oeste de India, una serie de nueve inscripciones que registran la donación de bienes religiosos al complejo de templos que funcionaba en tales cavernas. Los nueve donantes poseen nombres indios, pero ocho se denominan así mismos *yavana*, es decir, griegos, y el otro, *yonaka* (derivado del otro término).

Tarn, en contra de cierta tradición, se niega a creer que estos personajes realmente hayan sido griegos en origen que adoptaron nombres indios. "Y esto es sentido común; el conquistador no adopta la nomenclatura del dominado" (Tarn, 1938: 255). Tal fenómeno podría haber ocurrido, dice, si se tratase de individuos humildes, pero estos donantes son todos ricos. Lo importante es, entonces, determinar por qué ciertos indios decidieron

otorgarse a sí mismos el nombre de griegos. Para Tarn, la cuestión es política y no cultural: no se trataría de indios helenizados, sino de indios que pertenecían a la comunidad política de una *polis* griega, es decir, que eran ciudadanos y asumían sus deberes como tales (Tarn, 1938: 256). El argumento en esta dirección se refuerza en el hecho de que para Tarn, la palabra *yonaka* designa un puesto específico en la administración del reino. El Concejo del rey Menandro estaba compuesto por 500 yonakas, el cual puede ser fácilmente comparado con cualquier otro concejo o corte de un rey helenístico (Tarn, 1938: 418).

El interés que Tarn posee en estas inscripciones se hace más claro si consideramos que las data a principios del siglo I a.C., es decir, cuando el reino Indogriego todavía no había entrado en su fase de decadencia. Narain está menos interesado por las mismas justamente porque para el momento en que él escribe su obra, el complejo ha sido efectivamente datado al siglo II d.C. (Narain, 1957: 94), lo que incluso Tarn asumiría poco después. De esta forma, la mención de Narain a estas inscripciones es somero, pero para nuestros fines es significativo. Narain, juzga como demasiado simplistas los argumentos que Tarn proporciona para desechar la posibilidad de que se tratase de griegos. La evidencia de invasores posteriores que llegaron a la India y tomar parcialmente los nombres locales resulta para él clave para afirmar lo anterior. Estos griegos, por qué no, habrían estado sumamente interesados en la cultura y religión indias: “los griegos eran gente cultivada que podía discutir cuestiones religiosas con los monjes budistas” (Narain, 1957: 94). Además, estaríamos ante un claro caso de griegos convertidos al budismo.

No deberíamos confundirnos y pensar que Tarn se resiste con este caso a la posibilidad de indianización: al contrario, hemos visto que él fue quien introdujo la problemática a la discusión. En cambio, resulta mejor ver aquí la clara diferencia que establece entre la dimensión política y la cultural en la conquista griega de la India. Como vimos, para el buen funcionamiento de un reino implantado en condiciones donde los griegos eran minoría, era necesaria la cooperación del nativo. La integración de elites indias al espacio político de la *polis* griega y, aún más, la presencia de indios en la corte de los reyes indogriegos resultaría entonces una muestra irrefutable de la lógica de esta cooperación. Pero al mismo tiempo, el hecho de que no sea el caso de un grupo de griegos adoptando nombres indios no está pautando la distancia cultural existente entre conquistador y conquistado, fundamental para mantener el orden político. Narain, por el contrario, ataca esta concepción al resaltar la facilidad con la que el conquistador se funde con el conquistado. Y si bien esta posibilidad, como dijimos, está presente en el pensamiento de Tarn, es evidente que para él es antes que nada un peligro para la dominación, mientras que Narain asume la

indianización como un hecho evidente, no problemático en sí y totalmente esperable. La india, venció, afirma Narain. E incluso en los pilares de estas cuevas la evidencia ha quedado grabada para siempre en roca.

## **Conclusión**

Hemos presentado aquí en primer lugar las raíces historiográficas de los paradigmas más influyentes en el estudio de la India durante el periodo helenístico, y también hemos ilustrado algunos de sus puntos fundamentales, contraponiéndolos entre sí. Y es que, durante un tiempo, luego de la independencia de la India, los historiadores de este país se dedicaron a realizar contestaciones a sus predecesores, cayendo en excesos comparables a los de estos últimos. La causa de todo esto es el uso político que se le dio a la historia en el presente de los autores: por un lado, se intentó justificar y describir el funcionamiento del imperialismo occidental sobre la India, y por el otro realzar la autonomía, permanencia y resistencia de esta región.

Resulta interesante comprobar que, asentados en una base teórica común (un concepto de cultura sustancialista, es decir, como algo dado, uniforme y cerrado), terminaron construyendo interpretaciones especulares, inversas, pero reflejos mutuos, de los hechos. Los excesos del colonialismo fueron homologados por los nacionalistas cuando buscaban su historia propia y local. Así, en realidad, la idea nacionalista de inmutabilidad de las características culturales de la sociedad dominada necesita, en primer lugar, del razonamiento colonialista, que le abre la puerta a través de la insistencia en la necesidad de esa inmutabilidad en los dominadores. Del mismo modo, lo que para unos era el “peligro” de fusionarse con los nativos, para los otros se convirtió en el fundamento de la fuerte resistencia de lo local, que terminaría conquistando a los conquistadores. Parece que en el fondo el juego dicotómico de culturas superiores/inferiores simplemente se invierte.

Lo que subyace detrás de estos planteamientos es la común concepción de la cultura como algo dado, cerrado y con la posibilidad de permanecer idéntico a sí a lo largo del tiempo. A todas luces está claro que este sustancialismo constituye para los estándares de hoy un concepto demasiado rígido. Sin embargo, estudiar qué ha sido de la evolución de esta temática y cuál es el estado actual de la cuestión excede la problemática abordada por este trabajo. Es una veta abierta para futuras investigaciones.

## Bibliografía

BHABHA, H. K. The other question: difference, discrimination and the discourse of colonialism. *Screen*. Oxford: Oxford University Press, vol. 24, 6, 1983, p. 18-36.

CROCE, B. *Teoria e storia della storiografia*. Bari: Laterza & Figli, 1920.

FAUCONNIER, B. Graeco-Roman merchants in the Indian Ocean: Revealing a multicultural trade. *Topoi. Orient-Occident*. Lyon: Maison de l'Orient et de la Méditerranée Jean Pouilloux, suppl. 11, 2012, p. 75-109.

FAUCONNIER, B. Ex occidente imperium. Alexander the Great and the rise of the Maurya Empire. *Histos, the New Electronic Journal of Ancient Historiography*, vol. 9, 2015, 120-173.

GRIMSON, A. *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores, 2011.

LEWIS, D. Anthropology and colonialism. *Current Anthropology*. Chicago: The University of Chicago Press Books, vol. 14, 5, 1973, p. 581-602.

NARAIN, A. K. *The Indo-Greeks*. Oxford: Oxford University Press, 1957.

NARAIN, A. K. Alexander and India. *Greece & Rome*. Cambridge: Cambridge University Press, vol. 12, 2, 1965, p. 155-165.

NEHRU, J. *Discovery of India*. Londres: Penguin UK, 2008.

PRAKASH, G. Postcolonial Criticism and Indian Historiography. *Social Text*. Durham: Duke University Press, vol. 31/32, 1992, p. 8-19.

PRAKASH, G. Writing Post-Orientalist Histories of the Third World: Perspectives from Indian Historiography. *Comparative Studies in Society and History*. Cambridge: Cambridge University Press, vol. 32, 2, 1990, p. 383-408

SAID, E. W. *Cultura e Imperialismo*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2018.

SINGH, A. K. History of Greeks of the ancient Indian north-west: looking ahead of controversies to major issues. *Indian Historical Review*. Newbury Park: Sage Publications, vol. XXXII, I, 2005, p. 1-34.

TARN, W. W. (1938). *The Greeks in Bactria and India*. Londres: Cambridge University Press.

THAPAR, R. *Aśoka and the decline of the Mauryans*. Oxford: Oxford University Press, 1961.

THAPAR, R. Ideology and the Interpretation of Early Indian History. *Review (Fernand Braudel Center)*. Nueva York: Research Foundation of State University of New York, vol. 5, 3, 1982, p. 389-411.

THAPAR, R. *The Penguin History of early India from the origins to AD 1300*. Londres: Penguin Books, 2002.

THAPAR, R. *The Past Before Us: historical Traditions of early north India*. Londres: Harvard University Press, 2003.

VOFCHUK, R. C. *Budismo y mundo grecorromano*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras, 2001.

WULFF ALONSO, F. *Grecia en la India, El repertorio griego del Mahābhārata*, Madrid: Akal, 2008.

WULFF ALONSO, F. Cuando Hércules le espantaba las moscas a Buda. Negando el mundo grecorromano en la India. In: SANCHO ROCHER, L. (coord.) *La Antigüedad como paradigma: Espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2015.